

Recuerdo de Maximino Fernández Fraile

(1937-2020)

Una acogedora sonrisa era el primer gesto que se recibía de él. Nunca parecía perder la compostura ni su tono amable y caballeroso.

Entusiasta y perseverante en sus trabajos literarios y docentes, muchos de sus alumnos y de los escritores con quienes trató, pudieron comprobar el devoto esmero que ponía en la investigación literaria y su correspondiente libro, fundamentado y servicial, para bien de las letras y de la educación de Chile.

Su obra más extensa: *Historia de la literatura chilena* (1994) sobresale por la prolijidad informativa, tanto como por el juicio equilibrado acerca de autores, tendencias y creaciones. A Maximino no le interesaba únicamente el pretérito cuando escribía sus obras. Prestó atención a las nuevas generaciones literarias. Para muestra, el volumen *Literatura chilena de fines del siglo XX* (2002).

Mistraliano convencido, muchos son los aportes con que incrementara la bibliografía de la autora de *Lagar*. Biografía y obra le atrajeron grandemente.

No fue casualidad que también cultivara el texto bibliográfico. Durante años, mantuvo gran cercanía con el P. Alfonso Escudero, O.S.A., primero en el Colegio San Agustín, donde Maximino cursó su escolaridad, y, posteriormente, en la Universidad Católica, lapsos que siempre valoró y gustó recordar. *Lo que se ha dicho sobre Nicanor Parra Sandoval y su obra* (2014), es uno de las publicaciones que debemos a su interés.

Compartimos trabajos y reuniones en “Rumbos”, revista educativo-literaria que publicaba “La Tercera”, a principios de los ochenta. Años después me concedió el honor de presentar algunos de sus libros: *Literatura chilena de fines del siglo XX* (2002); *La crítica literaria en Chile* (2003); *Historia de la Literatura Chilena* (Edición de 2008). Además, integramos jurados literarios en varias instituciones.

Cuando se incorporó en calidad de miembro de Número en la Academia Chilena de la Lengua, me correspondió recibirlo en nombre de la corporación. Su contribución quedó de manifiesto en disertaciones y contribuyó en la mesa directiva, en calidad de tesorero.

Sin ser él locuaz, no faltaron interesantes conversaciones. Acudían recuerdos, proyectos que emprender, rebanadas de agustinismo —estudiamos en el mismo colegio—, la experiencia de fugacidad y el enigma de morir.

Al promediar esta década, sus condiciones físicas sufrieron notoria merma. Debí alejarse de las sesiones quincenales de la Academia y de las clases impartidas en universidades.

Una vez me refirió su afición al montañismo. A esa práctica, dijo, debía algunas dolencias padecidas con los años. El relato más supo de admiración que de

quejumbre. Hoy, junto con la noticia de su más íntimo viaje, me informo de la voluntad de que sus cenizas fueren esparcidas en la cordillera.

Maximino, te harán mayor sentido aquellos versos del himno que cantaste muchas veces: “*Una tienda de amor en la cumbre,/ cuatro estrellas que formen la cruz*”.

Juan Antonio Massone

23-IV-2020